



NOTA TÉCNICA Nº 12

LA FAMILIA COMO ESCUELA DE TRABAJO

La familia es la primera escuela de formación y tiene la misión de educar en cuatro aspectos fundamentales:

1. Ser una **escuela de amor** (ver documento: [La familia como escuela de paz y amor](#)): en la familia el niño aprende a amar y a ser amado. En el amor que descubre en los padres y en el que ellos le dan es donde desarrolla su propia capacidad de amar.
2. Ser una **escuela de virtud** (ver documento [La familia como escuela de virtud](#)): en el hogar el hijo forma la estructura básica de virtudes que definirán su carácter, su modo de ser y actuar.
3. Ser una **escuela de espiritualidad** (ver documento [La familia como escuela de espiritualidad](#)): en la familia descubre a Dios, descubre la fe, el sentido cristiano de la vida. Vida que es difícil conservar si no la ha vivido y descubierto en su familia.
4. Ser una **escuela de trabajo** (ver documento [La familia como escuela de trabajo](#)): donde descubre y aprende el valor y el sentido del trabajo.

Durante muchos siglos los hijos aprendieron a trabajar en sus hogares, con sus padres. Los saberes, los oficios, se transmitían de padres a hijos, desde muy niño el hijo comenzaba a trabajar con el padre e iba aprendiendo los secretos del oficio. Hoy esto en nuestra cultura occidental prácticamente ha desaparecido.

No por esto la familia ha perdido el rol de ser una **escuela de trabajo**. Lo sigue siendo, pero de manera diferente, los hijos no aprenderán en casa el oficio, la profesión del padre o de la madre, pero sí deben aprender e incorporar disposiciones y actitudes que luego les serán de gran utilidad en su vida laboral.

Por eso es necesario que desde muy chicos cada uno de los hijos tenga una responsabilidad, un **encargo** que sacar adelante en el hogar.

Es bueno como padres tomarse un tiempo para pensar qué tareas hemos distribuido entre los distintos miembros del grupo familiar. Si descubrimos que todo lo hacemos los padres o el personal que trabaja en la casa, vamos por mal camino. Independientemente del número de personas que nuestra situación económica nos permita tener trabajando en la casa, es necesario que los hijos tengan tareas y responsabilidades que sacar adelante.

Si no les delegamos nada, no nos quejemos si de niños se van convirtiendo en pequeños déspotas al que todos deben servir, y de grandes en egoístas y abusivos huéspedes que viven en nuestra casa como si vivieran en un hotel de lujo.



Cada familia, de acuerdo con su cultura, intereses, organización, prioridades, etc., determinará cuáles serán las tareas que delegan en los hijos. Estas pueden ser: poner o levantar la mesa, lavar o secar los platos, hacerse la cama, guardar las bicicletas, sacar la basura, regar, ordenar el cuarto de juegos, ordenar los juguetes, etc.

Desde los dos o tres años un chico puede tener la responsabilidad de ordenar al fin del día los juguetes que utilizó. Cuando son pequeños, el buen cumplimiento puede ir acompañado de algún premio o "estrellita" que los motive a perseverar.

A simple vista esto puede parecer una tontería, una pérdida de tiempo; tengamos confianza, a la sombra de estos encargos crecen la responsabilidad, el orden, la puntualidad, el "hacerse cargo", la solidaridad, el trabajo en equipo, el servicio, etc., disposiciones muy útiles para la futura vida laboral de nuestro hijo.

Insistimos particularmente en este tema pues, como docentes, vemos cada vez más chicos con poca autonomía para hacer lo que les corresponde a su edad. Detrás de esta falta de autonomía muchas veces se encuentran padres, mucamas, niñeras, haciéndose cargo, por un cariño mal entendido o con la intención de ahorrarle sacrificios o esfuerzos, de cosas que no les corresponden.

Leonardo Castellani, en el libro "Campero", nos cuenta el caso de una perdiz tierna que, criada entre algodones por su madre, fue a quejarse al tero, que le respondió: *"¿Querés saber quién fue cruel con vos? La verdad hay que decirla, aunque sea dura, y yo te la voy a decir, como se la dije a ella muchas veces por más que lloraba cuando ya no había remedio. El enemigo tuyo ha sido tu finada madre que, de quererte tanto, tanto, te ahorró molestias pequeñas y te legó las grandes... con sus mimos te dejó en herencia buenos modales pero malas costumbres"*¹.

Hagamos de nuestras casas escuelas de trabajo que dejen en herencia buenas disposiciones y costumbres.

El otro aspecto en el que podemos descubrir a la familia como escuela de trabajo es pensar que nuestro hijo, el 85% del tiempo que vivirá en nuestra casa será un tiempo dedicado al estudio, esto suponiendo que vivirá con nosotros hasta sus 28 años y que comienza a estudiar a los 4 años.

Que un 85% del tiempo que nuestro hijo vivirá con nosotros esté destinado al estudio es un tiempo muy alto, y nos debe llevar a preguntarnos cómo hemos preparado nuestro hogar para responder a esta necesidad.

Para un chico el estudio es su trabajo. De cómo realice el mismo dependerá en parte cómo será su vida laboral el día de mañana.

¹ Leonardo Castellano, Camperos. La perdiz tierna.



Si queremos que nuestra casa sea una escuela de trabajo, preguntémosnos si existe en ella un **ambiente de estudio**. Cuando tenemos varios hijos debemos velar porque la TV no sea un distractivo o una tentación para el que tenga tarea. Hemos escuchado a estudiantes que procuran estudiar fuera de sus casas y van a bibliotecas porque *"si estoy en casa mi mamá me pide cosas"*, o *"es imposible estudiar con la música de..."*, o con la televisión.

Qué puedo cambiar para generar un ambiente de estudio. Hoy en muchos hogares hay un "family room", deberíamos preguntarnos si no deberíamos tener un "study room".

Preguntémosnos también cómo es el **lugar de estudio** que tienen nuestros hijos. Hay chicos que prefieren estudiar en el comedor, con las cortinas cerradas para no tentarse, porque en su escritorio tienen tantas cosas que no pueden concentrarse. Como adultos, debemos enseñarles a nuestros hijos qué cosas pueden tener en el lugar en que van a trabajar. Por último acordar con ellos un **horario diario de estudio**. Deben tener un tiempo concreto, acotado, con comienzo y final, y de ser posible siempre el mismo todos los días. Con cariño y vigilancia debemos ayudarlos a que pongan esfuerzo por perseverar en su cumplimiento.

Que nuestra actitud frente al estudio y al trabajo siempre sea positiva, despertando la curiosidad en nuestros hijos, utilizando el error para crecer, respetando las normas y las personas que colaboran con nosotros desde la escuela o el club en la formación intelectual o física de nuestros hijos.

Un hijo no es sólo carne, es inteligencia, corazón, alma, y nadie mejor que una madre o un padre para formar su inteligencia, su corazón y su alma haciendo de su hogar una verdadera escuela de amor, virtud, trabajo y espiritualidad.